

Prólogo

Cuando el cordero abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto Animal que decía: «Ven».Y vi aparecer un caballo pajizo, cuyo jinete se llamaba Muerte...

Apocalipsis 5, 1-7, 4

Madrid, septiembre de 1968

—**N**o os riáis de él. A pesar de no saber escribir, lee mejor que vosotros. Es muy inteligente. Todos los genios tienen alguna carencia. Lo que le pasa es tan extraño que puede que su problema sea precisamente un don divino. ¡Todo tiene un sentido en esta vida! ¡Todo! Sólo Dios sabe el porqué —dijo la religiosa abrazando al muchacho con fuerza—. No está bien reírse de nadie. ¡Es un pecado! No debéis hacerlo.

—No me importa que se rían. ¡No me importa! —contestó el joven.

—¡Madre!—dijo uno de los escolares—. No nos reímos de él. Nos reímos de su comentario. Ha sido muy gracioso. Hemos pensado que era una broma. No sería ésta la primera vez. Usted sabe que todos le queremos. Siempre que puede nos ayuda. Es muy inteligente, bueno y bondadoso.

—¿Es eso cierto? —preguntó la monja.

—Sí, madre, es cierto —contestó la clase al completo.

—Y bien, entonces, ¿me contaréis lo que este truhán ha dicho a mis espaldas? Tal vez me venga bien reírme un poquito —dijo pellizcando la mejilla del muchacho.

—No era una broma —contestó el joven poniéndose frente a la sor—. Madre, yo hablaba en serio. Dije que sería un gran escritor. Lo dije porque anoche soñé con un ángel que tenía los ojos verdes. Me dijo que yo había nacido para escribir, que él me enseñaría a poner mis pensamientos sobre el papel. A cambio de ello, sólo tenía que dedicar mi vida a escribir su palabra.

—¡Virgen santísima! ¿Qué más te dijo el ángel?

—Dijo que yo era el elegido. Que sería el mejor escritor del nuevo siglo. Dijo que el último eclipse del milenio anunciaría el principio de mi era. ¡La era de la imaginación! Me contó que se me había privado de la capacidad de escribir, porque alguien no quería que diese a conocer sus palabras a los demás hombres.

—¡Dios mío! ¿Te dijo el ángel su nombre? —inquirió expectante la religiosa.

—Sí, se llama Luzbel.

Capítulo 1

*En el Oriente se encendió esta guerra
cuyo teatro es hoy toda la Tierra.*

JORGE LUIS BORGES (1899-1986),
Fragmento del primer soneto del poema «Ajedrez»

1

*Real Monasterio de El Escorial
Julio de 1997*

El prior caminaba apresurado por los pasillos; a su lado uno de los cofrades se persignaba reiteradamente, repitiendo una jaculatoria inaudible pero perceptible por el movimiento constante de sus labios.

—No debemos dejarlo solo. ¡Dios nos perdone por ello! Con su muerte se han desvanecido las esperanzas y será casi imposible saber en manos de quién está. Tendremos que pedir ayuda a su hermano, ese vaquero ateo y ambicioso. Nos costará muy caro hacer que todo parezca lo que no es. ¡Dios nos perdone! Debemos intentar recuperarlo íntegro. Nunca debió salir de aquí. Hemos cometido un error incalificable que de seguro sólo traerá infortunios al mundo y a la cofradía.

—Hermano —dijo el otro monje—, sería conveniente no perder de vista al escritor. Quizá él sepa algo de todo esto. Creo que se vieron hace unos días.

—Estoy seguro de que él no tiene nada que ver. Sé los libros que utilizaba para su investigación y no guardan ninguna relación. Sólo estaba interesado en lo concerniente a la colección de herméticos de Juan de Herrera. Si en realidad supiese algo iría muy desencaminado. No, no lo creo. De seguro que hablaron de lo de siempre, todos preguntan por lo mismo; exclusivamente se interesan por los libros que no figuran en los registros. Creo que el hermano Jonás dijo la verdad. Sólo hay un hombre implicado y lo quiere para su uso personal, no para darlo a conocer al resto del mundo. Eso, aunque parezca menos peligroso, es lo preocupante. Es más difícil dar con una persona que con una comunidad. Nos costará mucho más encontrarlo. Para mayor inri, según confesó el hermano Jonás, ¡que Dios lo tenga en su gloria! —dijo parándose en seco y mirando hacia arriba—, no pertenece a ninguna religión. Es ateo. Su custodia es lo único que me preocupa, lo único. Da igual qué religión la profese, lo importante es que siga oculto. Nadie debe saber que existe. Nadie. Aún no estamos preparados para ello.

—Quizá sea la voluntad de Dios. Tal vez estemos equivocados y debamos darlo a conocer —dijo el agustino temeroso, mirando de soslayo al prior.

—¡No blasfeme! Eso es una auténtica blasfemia. El Altísimo nos lo encomendó, ¡cómo va a querer que lo dejemos en las manos de cualquiera! Le ordeno que pida perdón a Dios por lo que ha pensado y dicho.

El eclesiástico inclinó la cabeza y siguió andando en silencio.

—¿Dónde está? —preguntó el prior frente a la celda.

—Ahí —respondió señalando el interior otro de los frailes.

—¡Dios mío! Hay que ponerse en contacto con su hermano inmediatamente.

Debemos hablar con él antes que con la policía. Debe saber en las condiciones que se encuentra el cuerpo. Sólo cuando conozcamos si está dispuesto a prestarnos ayuda, sabremos qué decisión tomar. Dios nos asista...

*Madrid, Paseo de la Castellana
Septiembre de 1997*

Desde julio no llovía. La acumulación de partículas de monóxido de carbono en la atmósfera hacía que la luz del sol fuese tenue, apagada, tan carente de vida que su falta de brillo evocaba la luminiscencia de una bombilla de bajo consumo. El Paseo de la Castellana visto desde aquel ático se asemejaba a un gran hormiguero en el que los insectos eran de metal y ruedas de caucho. El ruido ensordecedor del tráfico era repelido hacia el exterior por los cristales de las regias ventanas del estudio que, clasistas, sólo dejaban entrar en el interior de la casa algún que otro rayo de sol que había conseguido escapar de la asquerosa contaminación.

Eran las nueve de la mañana cuando el camión de mudanzas llegó al ático. Abelardo Rueda daba un último vistazo al estudio que hacía ya cuatro años alquiló a través de una agencia inmobiliaria. Sus dedos acariciaban el marco de los ventanales, mientras sus pensamientos se perdían con el ir y venir constante y monótono de los vehículos que circulaban por la gran avenida. Aquel horizonte delimitado por los edificios que se asentaban como esfinges en todas las direcciones era la representación más exacta de la monotonía. Sin embargo, para él se había convertido en parte de su vida. Desde que la compra del chalé se llevó a cabo, supo que el día fatídico en el que tendría que abandonar su amado ático estaba cada vez más próximo. Durante los dos meses que precedieron a la firma del contrato de compraventa de la nueva residencia, deseó con ansia paranoica que aquel camión de mudanzas no llegase nunca a su destino. El escritor sentía que al abandonar aquel lugar su vida se vería sumergida en el abismo de lo desconocido. La sensación era equívoca y turbulenta, y le provocaba un desasosiego sólo comparable con el que causa el miedo a la muerte. La sapiencia del escritor estaba inspirada por la pluma inexistente del destino escrito, un destino que tras abandonar aquel lugar le llevaría a convertirse en el blanco perfecto de los deseos de un asesino.

Su género literario era la novela histórica, y en aquella pequeña residencia que se elevaba altiva sobre las calles y avenidas de Madrid, había creado diez obras magníficas. Sin embargo, con ellas sólo consiguió prestigio, un reconocimiento que carecía de la popularidad de un *bestseller* y, en consecuencia, de los ingresos que ese tipo de literatura solía reportar al autor. La carestía económica fue el motivo por el que Adela, su mujer, un año antes, le sugirió la conveniencia de un cambio de tendencia en su carrera:

—No podemos seguir así. Debes hacer algo. Yo sólo puedo representarte. Es lo que he hecho toda mi vida desde que te conocí, y gracias a ello has llegado a publicar. Pero si esta situación persiste... he pensado en montar una agencia literaria —le dijo un año atrás.

—No sé hacer otra cosa, sólo escribir. Lo sabes, lo sabías cuando nos conocimos.

—No he dicho que dejes de escribir, ni tan siquiera lo he sugerido. Intento decirte, desde hace demasiado tiempo, que dejes la novela histórica. Tu último proyecto histórico sólo nos ha traído problemas. Tus crisis han sido casi insostenibles, no pienso permitir una nueva recaída. No quiero que vuelvas a tener que someterte a tratamiento psiquiátrico. No voy a consentirlo. Espero que toda la documentación sobre esa estúpida obra referente a El Monasterio de El Escorial desaparezca para siempre de tu vida, de nuestra vida. Debes, por tu salud, prescindir de ese tipo de investigaciones que sólo te traerán problemas. Además, tienes que reconocer que con ese tipo de literatura lo único que hemos hecho ha sido subsistir y recibir críticas de todos los estamentos religiosos. Podrías escribir algo más comercial. Algo que se pueda llevar a cualquier medio de difusión, que interese a un número mayor de personas. Estoy segura de que haciendo otro tipo de literatura tus obras estarían entre las más vendidas. Ello nos permitiría llevar una vida más cómoda, más desahogada. Tener nuestra propia casa.

—No sé a qué tipo de género te refieres. Soy catedrático de historia. Es de lo único que sé escribir con profesionalidad; me gusta lo que hago.

—Lo sé. Pero podrías escribir novela de intriga. El género de suspense te iría muy bien. En el medievo hubo personajes de oscuras intenciones, asesinatos, infidelidades... No tienes más que proponértelo. Bastaría con adaptar alguna de aquellas historias al siglo XX. Sería fan-

tástico. Es más, sé que Carlos estaría encantado. Ayer hablé con él. Estuvimos comentando el auge literario que han alcanzado las historias sobre asesinos en serie. Nos tomamos la libertad de especular sobre una posible novela enclavada en la época medieval, donde los personajes tuviesen comportamientos psicópatas similares a los de ahora. Es una idea muy buena, ¿no crees?

Adela no le dijo a su marido que se había comprometido con el editor. Que había dado su palabra a Carlos de que su marido escribiría una gran novela de intriga. Abelardo se sintió presionado; sin embargo, entendió su postura. Ella se había pasado media vida luchando por su carrera. Había sido la artífice de que la primera obra de Abelardo llegase a la editorial de Carlos. El escritor debía demasiado a su esposa, así aceptó escribir aquella obra, aun sabiendo que iba en contra de sus principios, de su voluntad.

La novela fue número uno en ventas y, en menos de un año, convirtió a Abelardo Rueda en uno de los escritores más rentables del mercado literario. Lo mismo ocurrió con las dos obras que la precedieron y que formaban parte de la trilogía. El éxito alcanzado fue lo que les permitió abandonar aquel ático y comprar una casa ubicada en la sierra noroeste de Madrid. Sin embargo, a pesar del positivo vuelco que había dado su vida profesional, a pesar de haber sido reconocido por todos como uno de los escritores de suspense más leídos, él seguía incómodo ejerciendo su profesión dentro de aquel género literario.

—¡Abelardo! ¡Ven! Los de la mudanza están abajo —dijo Adela irrumpiendo con su llamada en los pensamientos del escritor.

Mientras oía el ruido de la cinta adhesiva, imaginaba cómo su mujer iba cerrando las últimas cajas. El miedo, aquel extraño presentimiento que le perseguía desde que publicó la primera obra de suspense, le paralizaba, por eso, el escritor aún no había embalado las copias de los manuscritos. En sus manos tenía la cuarta obra de intriga, y a su juicio, la mejor de todas. Estaba terminada. Después del traslado la registraría y se la entregaría a su editor. Leyó el título en silencio, *Epitafio de un asesino*, pensando que aquélla sería la última obra de aquel género literario que escribiría. Estaba convencido de que con los beneficios que su venta le iba a reportar tendría para vivir holgadamente y acabar la obra sobre El Monasterio de El Escorial, lo único que en realidad pretendía.

—Abelardo, los de la mudanza están aquí. ¿Qué es lo que te pasa? Estás otra vez con la mirada perdida. ¡Hazme un favor y sé más positivo! No tiene por qué pasar nada. Todo va a ir bien. Sé optimista, ¿de acuerdo? Vamos, deja esa pipa en la caja, tengo que acabar de cerrarla. No querrás que alguno de los transportistas eche un vistazo y vea tu valiosa colección. Recuerda lo que siempre decía tu padre... ¡Ojos que no ven, tentación que te evitas!

—Tienes razón —contestó el escritor mientras depositaba un puñado de folios y varios manuscritos en una de las cajas.

Adela se inclinó poniéndose a su altura. Sus hermosos ojos negros se clavaron en los labios del escritor.

—¡Te quiero, Abelardo! No puedo evitarlo —le dijo acariciando sus mejillas.

Él sonrió y desviando la mirada dejó, una vez más, que los recuerdos calmaran la extraña sensación de inseguridad que sentía. Adela cogió la cinta de embalar y cerró la caja con un movimiento rápido y preciso.

—Se acabó, querido. Cuando quieras nos vamos. Teresa tiene todas las instrucciones. En el momento que acaben de cargar, nos llamarán al teléfono móvil.

—Bien. Cuanto antes salgamos mejor. No creo que soporte ver cómo vacían las habitaciones. Pero no creas que la sensación que tengo se me pasará. Es más, creo que se está acentuando. Me planteo si puedo ser víctima de una paranoia. Si no es así, estoy seguro de que cuando dejemos esta casa algo nos sucederá. Tal vez no pueda volver a escribir. ¿Sabes...?, este ático está tan impregnado de mí como yo lo estoy de él. Tengo la convicción de que uno sin el otro no somos nada; es como si en sus paredes estuviese atrapado el futuro, el futuro que en realidad había escrito para nosotros. Creo que este traslado cambiará nuestro destino.

—¡Abelardo, te lo suplico! Olvídate de todo, déjalo estar. No pasará nada. Es de estúpidos. Sería de estúpidos no vivir mejor cuando nuestras condiciones económicas nos lo permiten. No tiene por qué pasar nada, créeme. Lo único real es tu miedo, un temor que está justificado por tu situación privilegiada, un temor que siente mucha gente cuando las cosas comienzan a irles bien. Cuando estemos instalados, tu miedo desaparecerá como han desaparecido nuestros problemas económicos.

Adela salió del piso sin volver la cabeza ni prestar atención a la entrada del personal de la empresa de mudanzas. Él se quedó rezagado, paseando sus pensamientos por los recovecos de cada una de las habitaciones. Se paró frente a la entrada del estudio y miró el rodapié de madera, arqueado por los cambios de temperatura y el paso del tiempo, recordando aquellos instantes de vacío en los que las ideas dejaban de precipitarse, en los que las historias se paraban bruscamente y los personajes de sus obras enmudecían. Recordó cómo colocaba entre el rodapié y la pared los folios, uno tras otro, como cuadros a la espera de un comprador, para después tumbarse sobre el parqué sin pulir y contemplar ensimismado el enjambre de palabras. Así, amparado como un totero antes de la corrida por sus santos, él se dejaba llevar por el negro de la tinta y los espacios en blanco del papel le sugerían cómo debía continuar la historia. Tras unos minutos, la voz de Adela llamándole desde el interior del ascensor le obligó a salir precipitadamente del apartamento.

Teresa corría de un lado a otro llevada por una hiperactividad inusual. A las cinco de la tarde uno de los mozos bajaba los dos últimos paquetes. Cuando el muchacho se disponía a cerrar el ascensor, la voz del ama de llaves se oyó imperativa desde el interior del piso:

—¡Oiga, oiga! Se dejan ustedes las dos cajas del señor. Estamos aviados. Si se quedan aquí sus pipas, al señor le da un desmayo.

—¿Dónde están las cajas? —preguntó el joven desde el ascensor.

—En el último cuarto, al lado del armario. Le dejo la puerta abierta mientras yo voy a entregarle las llaves a Genaro, el portero; él se encargará de cerrar.

—En cuanto deje esto en el camión subo a por ellas. ¡Muchas gracias, señora!

Minutos después, aprovechando la ausencia de Teresa, el mozo subió al estudio y antes de recoger las cajas rajó la cinta de embalar de una de ellas. Al ver la colección de pipas talladas en marfil, las sacó y fue introduciéndolas en una bolsa pequeña de tela. Después cogió varios manuscritos. Tras un breve vistazo los depositó en el suelo cerca del armario. Miró el contenido de la otra caja y no encontrándolo de su

interés la cerró. Se metió en el mono la bolsa donde había depositado las pipas y enganchó el cordón que la fruncía a la cintura de sus calzoncillos. Al salir se despidió del portero:

—¿Ya han acabado? —preguntó Genaro.

—Sí, señor. Ya está todo.

—¡Perdone! Teresa me dijo que quedaban dos cajas por bajar. Usted sólo lleva una. ¿No se dejará nada arriba?

—No señor, llevo las dos. Mire, llevo una sobre la otra —contestó el muchacho señalando la caja superior.

—Cada día veo peor... Hay que ver la fuerza que tienen ustedes. Yo no sería capaz ni de coger una. Claro que ahora ando un poco cascado. En mi juventud era un buen mozo, bueno y bien *mandao*. Pues nada, joven, ¡vaya usted con Dios!

3

4 de diciembre de 1997

Aquel día Carlos llamó a la residencia del escritor para comunicarle que su nombre estaba entre los candidatos que se barajaban como merecedores del premio al escritor más fecundo del año; el Premio Ediciones. El cuatro de diciembre tuvo lugar la entrega del galardón, que finalmente le fue concedido. Durante la cena que precedió a la entrega del premio, Adela estuvo sentada junto a su marido. Su actitud era de triunfo personal. Orgullosa y prepotente, sólo se separó de él lo estrictamente necesario. Sobre las dos de la madrugada todo había terminado. Carlos acompañó a Abelardo al coche; el escritor tenía en el maletero una de las cinco copias que había hecho de su última obra.

—Abelardo —dijo Carlos mientras caminaban—, no hay ninguna prisa. Ahora nuestro trabajo se centrará en las reediciones de todas tus obras de suspense. Incluso hemos creído que sería interesante reeditar las anteriores. Es más, tu agenda está completa, las entrevistas te desbordarán. ¿Sabes?, el mundo de la literatura ha cambiado mucho. Ahora los intelectuales estáis obligados a relacionaros, a dejaros ver. Hay un debate previsto, en una cadena privada de televisión, sobre la

relación entre la esquizofrenia y la parapsicología, y tú eres uno de los invitados. He de decirte que considero necesario y beneficioso para tu carrera que asistas.

—No creo que lo haga. Estoy cansado de tanto suspense. Esta última novela será el punto y final dentro de este género. Cuanto antes esté en máquinas, más rápido me habré desvinculado de ella.

Abelardo abrió el maletero y sacó el sobre donde estaba guardado el ejemplar. Carlos le observaba sin decir palabra. La decisión del escritor le pareció una locura. Pensó decírselo, pero guardó silencio. Intentó no darle importancia a las palabras de Abelardo, dando por hecho que su reacción era debida a la presión que el literato había soportado los últimos días.

—¿No me digas que el premio te ha sentado mal? No serías tú el primero. Nadie es el primero en nada. ¿Lo sabías? —dijo dando una palmada cariñosa en su espalda—. Les pasa a muchos, entre los cuales me incluyo. Nos pasamos media vida esperando un reconocimiento y cuando llega no sabemos qué hacer con él. ¿Sabes lo que te recomiendo? Que te relajes. Déjalo todo en mis manos y en las de Adela. Descansa. No pienses en esta novela. Cuando toda la explosión del premio haya pasado, cuando las reediciones lleven en la calle el tiempo suficiente y los medios de comunicación dejen de hablar de ti, entonces sacaremos a la luz esta nueva obra. ¿De acuerdo?

—Como quieras —contestó entregándole el sobre con el ejemplar al editor.

Adela y la mujer de Carlos, María, comentaban con entusiasmo las anécdotas acontecidas durante la cena sin prestar atención a la conversación de los dos hombres.

—Adela, ¿nos vamos? —preguntó Abelardo.

—Voy enseguida —contestó ella mientras se despedía de María.

—Hasta mañana, ¡qué descanséis! —dijo el editor levantando la mano.

El camino de vuelta se hizo rápido. La carretera Nacional VI a la altura de Torrelodones estaba cubierta por una densa niebla que no les

abandonó en todo el recorrido. A la entrada de la finca, justo en el comienzo del sendero de tierra que conducía a la casa, Abelardo y Adela comenzaron a oír los ladridos de los perros. A medida que el coche se iba aproximando a la entrada, los animales aumentaban la intensidad de sus aullidos. Adela esperaba ansiosa ver los dos cachorros que les regaló Carlos el día que se instalaron en la nueva residencia. Se quitó el cinturón de seguridad para acercarse un poco más al cristal delantero y así observar los saltos de alegría con que los animales les obsequiaban a su llegada. Cuando el coche estuvo a un palmo de la puerta, Adela exclamó:

—¡Abelardo, mira! ¿Ves cómo está *Tonka*?

—No, no veo nada y no sé cómo tú puedes ver algo con esta niebla —contestó el escritor pasando la mano por la superficie del cristal.

Abelardo sacó el mando de la guantera del coche y pulsó el botón. La puerta de metal negro con remaches dorados se abrió. Los dos perros guardianes salieron a su encuentro.

—Pero... ¡si están empapados! —exclamó Abelardo.

—¡Es horrible! ¿Es sangre? Dime que no lo es. ¡Dios mío que no sea sangre!

El escritor se estremeció. Por el histerismo que manifestaba, era evidente que Adela había pensado lo mismo que él al ver a los dos cachorros saltando contra el morro del coche. La chapa del capó del BMW de color blanco estaba cubierta casi en su totalidad por las huellas rojas que los animales iban dejando en cada uno de sus saltos.

—¡Cálmate, Adela! No te pongas histérica, lo más seguro es que hayan organizado alguna en la cocina y Teresa no les haya limpiado. Ya sabes que no le hacen mucha gracia los perros. ¿Qué te parece si salimos del coche? —dijo intentando que su mujer recobrase la calma—. Aunque no lo tengo muy claro... Estás preciosa, y no me haría ninguna gracia que los perros te pusieran pérdida de tomate, porque estoy seguro de que simplemente están manchados de tomate frito. Ya sabes la cantidad de colorantes que le ponen...

—No —contestó Adela presa del pánico—. Esto me resulta demasiado familiar. ¡No abras la puerta! ¡Por favor, no lo hagas!

—¡Está bien! Como quieras, haré sonar el claxon. Teresa no tardará en salir.

Abelardo deslizó con suavidad la mano sobre el claxon. Tras una breve espera miró a su mujer encogiéndose de hombros. Adela hizo un gesto indicándole que lo volviese a intentar. Abelardo, una vez más, volvió a presionar el claxon. A pesar de su insistencia y de los ladridos estridentes y constantes de los perros, Teresa no salió de la casa.

—¿Ves?—dijo ella con la mirada perdida en el jardín—. Ves como no contesta. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Ha pasado algo! —exclamó temblorosa.

—Es probable que no haya salido porque esté en el baño. No lo habrá oído. ¡Llamemos! Dame el teléfono móvil; le diré que salga con las correas. Por el bien de tu vestuario, será mejor que ate a los perros.

Abelardo marcó con expresión de seguridad el número de teléfono de la residencia. La señal indicaba que la línea estaba ocupada, por lo que volvió a intentarlo dos veces más sin conseguir contactar. Miró a su mujer y soltó el aparato.

—Ya está bien. Parecemos dos tontos en apuros, sin que haya ningún apuro evidente —dijo irritado—. No tiene por qué haber pasado nada. Llevaré el coche hasta el porche y saldré; después le diré a Teresa que cuelgue bien el teléfono. Estoy seguro de que está mal colgado. No sería la primera vez que sucede. ¿O sí?

Adela no contestó, permanecía en silencio mirando fijamente a su marido. Su inmovilidad y su falta de respuesta reflejaban el miedo que sentía. Su mirada perdida dejaba al descubierto las terribles imágenes que copaban sus pensamientos. La mujer estaba recordando una parte de la novela, de la última novela que su marido había escrito y que aquella misma noche había entregado a Carlos. Sus pensamientos, llevados por la semejanza de los hechos, se sumergían en la escena del primer asesinato que se describía en la obra. En ella, los perros que protegían la casa de la víctima salían al encuentro de los dueños empapados de sangre.

Abelardo metió la primera marcha y despacio, sin soltar el embrague, fue acelerando. Cuando el coche estuvo pegado a la puerta principal dijo:

—¡Curioso! No me había dado cuenta de que todas las luces están encendidas. Voy a ver. Tú no te muevas.

—Creo que sería mejor llamar a la policía —dijo Adela.

—¿Cómo no se me habrá ocurrido antes? Tienes razón; debemos llamar inmediatamente a la policía —contestó Abelardo intentando darle a la situación un tono más despreocupado—. ¡Cuéntame! ¿Qué les decimos...? ¡Ah, claro! Eso es; les diremos la verdad. ¡Qué estupidez la mía! Diremos que nuestros perros están manchados de algo rojo, que a simple vista puede ser tomate o sangre de algún pobre gato entrometido. Les diremos que ésta no es la primera vez que se dan un festín con algún siamés despistado. Explicaremos que nuestro teléfono no comunica, y que este detalle es algo muy preocupante porque jamás lo dejamos descolgado. Para añadir más dramatismo, les contaremos que nuestra ama de llaves está un poco sorda, y que acostumbra a tomar un baño antes de irse a dormir. Cariño, no entiendes que es estúpido. No podemos llamar a la policía. No debemos porque a simple vista no ha pasado nada. ¡Tranquilízate!

Adela no escuchaba. No podía controlar sus pensamientos. Su imaginación la desbordaba. Tenía la certeza de que algo horrible había sucedido. Abelardo descendió del coche y acarició a los perros que saltaban a su alrededor. Cuando sus manos tomaron contacto con el pelo de los animales comprobó que éste estaba impregnado de sangre. A pesar de la sensación de angustia que le produjo el reconocimiento de la sustancia y el contacto con ella, no lo exteriorizó. Intentó guardar las apariencias para evitar intranquilizar, más de lo que ya lo estaba, a su mujer. Sabiendo que Adela no le perdía de vista, se frotó las manos con despreocupación sin volver la cabeza. Subió despacio por las escaleras de madera del porche. Antes de abrir la puerta extrajo con los dedos índice y pulgar de su mano derecha un pañuelo de papel del bolsillo interior de su chaqueta y, con disimulo, como quien se limpia las manos después de un copioso almuerzo, se limpió los restos de sangre que aún tenía en las manos. La puerta estaba entreabierta. Abelardo entró en el vestíbulo y llamó al ama de llaves:

—¡Teresa! ¡Teresa!—gritó mientras caminaba en dirección a la cocina.

Teresa no respondió. Recorrió la planta baja. Todo estaba en orden. La radio sintonizada en el dial de música clásica al que el ama de

llaves les tenía acostumbrados. En el salón, el candelabro judío tenía todas las velas encendidas y su luz iluminaba el pequeño espacio destinado para escuchar música. Más tranquilo, se dirigió a la cocina, mientras imaginaba a Teresa hablando por teléfono con alguna de sus amigas. Entró en el habitáculo con una amplia sonrisa. En la mesa había dos tazas de chocolate y una bandeja con pastas. Una de las tazas estaba vacía, la otra parecía no haber sido utilizada. Miró despreocupado alrededor y se dirigió al fregadero, donde se lavó las manos. Después cogió una de las pastas y se la comió. «Teresa ha tenido visita», pensó. Volvió a llamarla.

—¡Teresa! ¿Está usted ahí?

Miró hacia el dormitorio. La puerta estaba en uno de los frontales del *office*; la golpeó con los nudillos y esperó unos instantes. Nadie contestó, por lo que entró en la habitación. La cama estaba abierta. Todo indicaba que Teresa estaba acostada cuando algo la obligó a levantarse. El libro de cabecera que estaba leyendo permanecía junto a la almohada. Abelardo entró en el baño y miró detrás de la puerta del aseo, sonriendo al comprobar que la bata no estaba colgada en el perchero. Una vez más, respiró aliviado pensando que, sin duda, la mujer estaba en alguna de las estancias. Subió a la segunda planta. Recorrió todas las habitaciones buscando el supletorio que suponía descolgado, hasta que logró localizarlo. Entre el auricular y la clavija del teléfono del dormitorio principal estaba el lápiz negro con el que Adela se perfilaba el contorno de los ojos. Éste impedía que la conexión se cerrase. Levantó el aparato para comprobar si aún permanecía conectado, pero no había línea. Lo colgó. Todo parecía ser el producto de una cadena de casualidades.

«Tal vez—pensó—la sangre sea de algún gato. ¡Seguro! Seguro que es de otro gato de la urbanización. Acabaremos teniendo problemas. Si es así, Teresa estará en la casita. Espero que no sea la nueva mascota de los Ruiz. ¡Pobre Teresa!, con lo mal que lo pasó la última vez.»

Salió de la casa y se dirigió al coche.

—Todo está en su sitio. He atado a los perros para que no te manchen. Creo que Teresa está en la casita de madera. Voy a buscarla.

Adela se bajó del coche. Sin soltar el teléfono móvil, sin quitarse el abrigo de piel, sosteniendo con su mano izquierda el chal de seda y

en silencio se sentó en el pequeño sofá que había en la entrada. Mientras, el escritor bordeaba el jardín hasta llegar al camino que conducía a la casa de madera. Al comienzo del sendero observó que la superficie de las losetas que rodeaban la piscina estaba cubierta de las huellas que en su recorrido habían dejado los dos canes. Para no pisar sobre las manchas de sangre continuó andando por el césped. Después de sobrepasar el gran abeto que impedía la vista de la casita de madera, la luz del farolillo interior de la caseta le hizo sonreír. A medida que se aproximaba, el ruido de agua corriendo se volvió más perceptible. Cuando estaba a un metro de la entrada gritó:

—¡Teresa! ¿Está usted ahí?

Nadie le contestó. Siguió andando y entró con decisión. Al instante de traspasar el umbral, apoyó su mano derecha en el marco de la puerta, asiéndose a él con fuerza para atenuar el vértigo que sintió. Se tambaleó. Sin soltar el apoyo, giró la cabeza hacia afuera y comenzó a vomitar convulsivamente...

Teresa estaba, como Abelardo había supuesto, en el interior de la casita de madera. Su cuerpo reposaba inerte sobre el suelo de tarima. Tenía un corte en el cuello que le había producido una profusa hemorragia y le habían amputado los dedos de la mano derecha. Éstos habían sido expuestos de una forma macabra en la pared, frente a la entrada, formando la letra «I». Alrededor de las heridas no había manchas de sangre. En el suelo, junto al cadáver, se apreciaban los huecos donde se habían sentado los perros durante la agonía de la víctima, en lo que parecía un intento frustrado de auxiliarla. La sangre que le había salido del cuello había sido lamida por los animales, por lo que en su garganta no quedaba ni rastro de ella, a excepción de las salpicaduras que le produjo el corte momentos antes de caer al suelo. Dentro de la pila había unos guantes de goma negros, y sobre ellos caía el agua del grifo salpicando con fuerza la pequeña encimera.

Abelardo no volvió a mirar. Sacó un pañuelo de papel de su chaqueta y se limpió los labios. Abatido se dirigió hasta la piscina e introdujo las manos. Llenó las palmas con el agua verdosa y se mojó la frente intentando retomar la calma. Tras unos instantes comenzó a ca-

minar hacia la casa. Adela permanecía tal como él la había dejado: inmóvil, con la mirada perdida en el horizonte del jardín empuqueñecido por la densa niebla. *Carmina Burana* sonaba en el interior de la mansión. El escritor entró en el vestíbulo. Pálido, sin mediar palabra, se agachó. Cuando tuvo las rodillas apoyadas en el suelo, inclinó la cabeza y la apoyó como un chiquillo en el regazo de su mujer. La expresión de Adela no cambió; su mano soltó el chal que cayó con lentitud al suelo. Con la mirada perdida y en silencio acarició la cabeza de su marido.

—¡Tenía razón! ¡Dios mío! Abelardo, por favor, dime lo que ha pasado.

—Teresa está muerta. Ha sido asesinada.

—¡Dios mío! ¡Qué horror!

—¿Por qué dijiste, cuando entrábamos en casa, que esto te recordaba a algo?

Los ojos de Adela volvieron a perderse en el jardín.

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Acaso hay algo más que te haya hecho pensar que estaba en lo cierto? Si es así, dímelo —exigió Adela.

—¿A qué te recordaban las condiciones en que hemos encontrado a los perros?

—Por desgracia, creo que a lo mismo que te recuerdan a ti. Al primer asesinato de tu última novela. ¿Cierto? —preguntó Adela mirando fijamente los ojos de Abelardo.

—¿Cómo lo supiste? ¿Cómo pudiste saberlo? —preguntó él con expresión de desconcierto.

—No lo sé. Vi la escena, la vi tal como la imaginé el día que leí tu obra. Todo era exacto. Pero... ¡por Dios!, dime que solamente ha sido una coincidencia. Dime que a pesar de la desgracia de la muerte de Teresa no hay nada más que agrave lo sucedido.

—Sí, creo que sí lo hay. Tiene los dedos de la mano derecha seccionados.

—¡Dios mío! ¡No puede ser! ¡Es imposible! —gritaba Adela tapándose los ojos con las manos.

—Y no es lo único. El asesino los ha clavado en la pared formando la letra...

Adela interrumpió a su marido.

—La ese.